

Día del libro 2020  
Un territorio, un libro

# Aralar. Pastores y gentiles

Eduardo Martínez de Pisón, Universidad Autónoma de Madrid



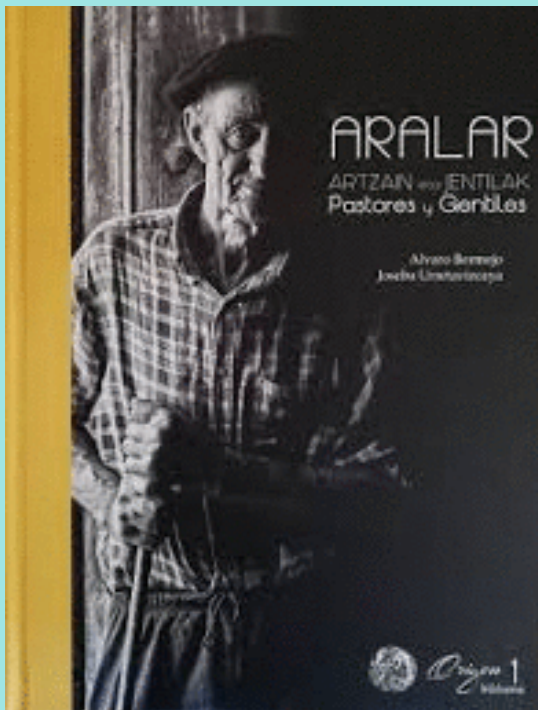
Este libro es un viaje al silencio. El silencio que se guarda en los lugares retirados con hayedos y nieblas. Allí te espera una lectura emocionada de las peñas como escrituras, de los prados como renglones, de los silencios como nombres, de los caminos como tiempos. Las rayas en los mapas en realidad unen vertientes por crestas de piedra. Y la montaña reunida es un universo con sus propias constelaciones, un mapa único. No es la primera vez que se cuenta Aralar, y me remonto a don Miguel de Unamuno con cuyas letras subí por primera vez a San Miguel de Excelsis. Así, el Aralar escrito es una inmersión a la vez en las almas de sus autores y en el alma de lo narrado. O en el alma de un paisaje hecho por pastores. Entendido por pastores, pero recobrado por la literatura y el arte. Hay, para ello, que saber ver. Saber oír el silencio. Hacer poesía con ovejas, majadas y cuevas.

Ahora ascendemos a Aralar en un largo diálogo. Tutelados para que no se nos escapen los significados, los contenidos que hacen y explican la tierra, las luces del monte y los rostros de las personas. Porque un paisaje es un espíritu. Esta obra es, pues, un viaje al espíritu de Aralar. En este libro o en esta montaña, un mundo propio, se despliega el tiempo y se concentra la vida de un viejo pastor, maestro de su paisaje y del calendario de las cosas mudas, del frío, de la lluvia, de la nieve, de las hojas, de los frutos, de los arroyos.

Mientras, lejos, cambiaban los mundos, las noticias se atropellaban y cada instante era tragado por el siguiente. Allí, en las sierras y los valles, sólo pasaban las estaciones. En un bello libro de Giono se dice que los otoños saltaban desde la montaña y las lluvias enseñaban cosas profundas. El viento del invierno pasaba su mano de ciego por encima de las cosas reconociéndolas. La primavera era como una jornada anterior a un nacimiento. Y el verano hacía danzar las mieses de los campos.

La naturaleza, por su cuenta, hace, deshace y rehace el mundo. Manda en la isla de la montaña. En tal isla desembarcaban algunos acontecimientos, llegaba algún naufragado de los llanos, pero los isleños repetían y trazaban el relato propio de su territorio. Este escrito procede de ese relato de la vida y cuenta sus raíces y sus solitarias circunstancias. El trabajo, las nostalgias de modos perdidos de ser la gente y de hacer las cosas. Para que se entienda a la hierba y al pastor. Para dejar testimonio de paisajes que se disipan. De mundos muy hechos que se borran. Para que conste un mundo que está dejando de serlo. O, mejor, para que no mueran con él los antiguos sentidos de la mirada al horizonte. Los de la edad de Txomin somos de una tierra que se borra. De una tierra lenta que no cabe ya en los días de la prisa. ¡Cuántas sierras parecen hoy supervivientes! Aquí, en el valle de los pastos, el paisaje es un diálogo del hombre con la tierra, un coloquio sin escribir, que pide perdurar en las palabras. Todo paisaje merece un escritor. La realidad debe ser contada.

Es este libro hondura sacada de los pastos, un rescate de miradas donde cada una expresa el silencio del paisaje. Allí, el paisaje solo es creado por la mirada; allí el tiempo se tiende lejano. Viene desde quienes primero humanizaron la tierra y persiste hasta un hoy que también se está ausentando. Las palabras e imágenes de este libro son, pues, un profundo canto a una vida que viene como una luz de pasados remotos. Y es también este libro voces de despedida, con su noble punto de tristeza



Álvaro Bermejo y Joseba  
Urretavizcaya . Tolosa, Xibarit,  
2019.